

## la página de Sergio Vodanovic

**S**ON LAS diez y media de la mañana.

En oficinas, fábricas y comercio se está en plena actividad. El centro de la ciudad exhibe su acostumbrado rostro de transeúntes que van y vienen presurosos. En medio de ellos, un centenar de personas se mantiene detenida, formando una larga fila frente a la boletería del Cine Windsor. Son en su mayoría hombres: estudiantes en una mañana de cimarra (o tal vez de huelga); oficinistas y mensajeros que han pedido permiso para realizar una "diligencia urgente"; los vagos de cuello y corbata que nunca faltan en una ciudad.

Están ahí, atraídos por carteles de propaganda de la película "Milagro de amor", que muestran diversas fotografías de una pareja desnuda y aseguran que no se trata de una película documental.

En esta época, el espectáculo de los pacientes espectadores que hacen cola a tan desusada hora de la mañana resulta extraño. En quioscos de revistas se exhibe una variedad de publicaciones en cuyas tapas, y me imagino también en sus hojas interiores, se muestran todos los ángulos en que se puede fotografiar la piel humana. Son escasas las películas, por otra parte, que por cualquier motivo no tengan una escena de desnudo; y, en teatro, "La Ronda", al sumarse a la ola que nos llega del extranjero, nos mostró la efectividad económica de la receta.

No obstante, y por más que la proyección del desnudo sea cada vez mayor, el cuerpo humano sin ropas sigue siendo un buen incentivo para los infaltables mirones. Lo que, seguramente no estaba dentro de las expectativas de los mañaneros espectadores en cola era que junto a la pareja desnuda y en mayor proporción, recibirían una sesuda lección de educación sexual, con foro médico y demás. Bueno, algo hay que pagar por la curiosidad.

**HUBO UN** tiempo en que ciertos productores cinematográficos parecieron estar obsesionados por el altruista empeño de propagar las bondades de la vida sana al aire libre, los beneficios del sol, de la vida natural. Se hicieron decenas de películas de ese tipo, en que, como natural corolario, se iba a parar a un campo nudista donde una rubia nos explicaría cómo se recobró de su dipsomanía o de su bronquitis crónica o de su neurosis o de cuanto mal persigue a los pobres huma-

nos, simplemente exponiendo su piel al sol y jugando voléibol con otros naturistas.

Ahora se ha cambiado de excusa y estamos en el tiempo de la educación sexual. "Helga" se convirtió en una película de entradas millonarias y no han faltado las imitaciones. Documentados sexólogos, agudos sociólogos y experimentados psicólogos nos dan consejo desde el écran sobre la forma cómo debemos encauzar nuestra vida íntima y, lógicamente, es necesario ilustrar estas disertaciones con las ayudas audiovisuales del caso, esto es, una cama, un actor y una actriz.

Y entiéndase. Yo no tengo nada en contra ni de la vida sana al aire libre y cueros al sol ni mucho menos contra la necesaria educación sexual; pero sí me fastidia que se use de estos recursos hipócritamente para vender la mercadería desnuda que tanto pide el público de hoy.

**EL ESPECTACULO** desnudo que más comentarios y controversias ha producido en el mundo actual es, sin duda, "Oh, Calcutta", que se exhibe en Nueva York y cuya versión francesa ya se anuncia en París. El espectáculo se representa desde hace ya más de un año a teatro lleno y para conseguir entradas sin tener que esperar meses hay que pagar cien dólares por el par. No obstante, todos los espectadores salen hablando pestes de "Oh, Calcutta". ¿Y saben por qué? Porque no tienen ninguna excusa con qué justificar la curiosidad que los llevó a verla. No pueden decir que es ni educativa, ni cultural, ni socialmente significativa, ni siquiera de valor artístico. Es, simplemente, un espectáculo, en que se usa deliberadamente una dosis de erotismo y una exhibición sin tapujos de la anatomía humana. Y ahí está su gracia. En su honradez. En su falta de "mensaje". Porque si nos interesamos por la vida sana y los beneficios del sol, no vamos a encerrarnos a un cine para ver cómo otros practican esa forma de vivir; y si tenemos un interés serio en la educación sexual nos matriculamos en el curso correspondiente o leemos el libro pertinente.

"Milagro de amor" puede que sea una buena divulgación de algunas normas de educación sexual. Pero, con más propiedad, es una buena exhibición de cómo se puede ganar dinero fácilmente haciendo un cine que, al menos, no tendrá gastos en el rubro vestuario. S. V. ■

## ¿CINE EDUCATIVO...?

*Katania Hartel y Milfried Gossler,  
en "El milagro del amor".*

